

Padre Juan Lehman V.D.

PEDIR EN NOMBRE DE JESÚS

Jesús nos dice en el Evangelio de hoy que la oración hecha en su nombre, tendrá, más que ninguna otra, la bendición de su Padre celestial. Es, por tanto, de gran interés para nosotros, conocer en qué circunstancias oramos en nombre de Jesucristo.

Modelo de oración: el Padrenuestro. — Oramos en nombre de Jesucristo, cuando presentamos a Dios las peticiones que Nuestro Señor nos enseñó en el *Padrenuestro*. Al enseñar esta oración a sus Apóstoles, díjoles Jesucristo expresamente: “Ved, pues, cómo habéis de orar: Padre nuestro”, etc. (Mt., 6, 9); como si dijera: Las peticiones, que dirijáis a mi Padre, deben estar enteramente de acuerdo con las del Padrenuestro.

1º Orden en el objeto de nuestra oración. — Ocupan el primer lugar entre estas siete peticiones, las que se refieren a las necesidades del alma, y vienen en segundo término las que se refieren a los bienes del cuerpo. Hablando en cierta ocasión acerca de la oración, se expresó así Nuestro Señor: “No andéis, pues, acongojados por el día de mañana”. “No vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber?”. “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura” (Mt, VI, 34, 31, 33).

Oración ejemplar de Salomón. — Un modelo hermosísimo de oración ejemplar nos dejó Salomón, siglos antes, en aquella bellísima plegaria: “Yo soy (como) un niño chiquito... da, pues, a tu siervo un corazón dócil para que sepa hacer justicia y discernir entre lo bueno y lo malo” (III Rey., III, 7, 9). En realidad esta oración nada deja que desear, y está de perfecto acuerdo con lo que Nuestro Señor quiere que prevalezca en nuestras oraciones. La respuesta de Dios, fue asimismo, en extremo complaciente: “Por cuanto has hecho esta petición, y no has pedido para ti larga vida, ni riquezas, ni la muerte de tus enemigos, sino que has pedido sabiduría para discernir lo justo, sábet que yo he otorgado tu súplica... Pero aun esto que no has pedido te lo daré, es a saber, riquezas y gloria; por manera que no habrá habido en todos los tiempos pasados ningún rey que te iguale”.

Defecto común de nuestras oraciones. — El mayor defecto de que generalmente adolecen nuestras oraciones es: el no ser suficientemente diplomáticas ni psicológicas, si vale la expresión. Llenamos los oídos de Dios, si me es lícito hablar así, con las niñerías mezquinas de nuestros intereses y necesidades

materiales. Colocamos en primer plano, preferentemente los intereses materiales: nuestro bienestar. Las necesidades espirituales de nuestra alma quedan relegadas a segundo o tercer término, si es que de ellas nos acordamos. Si pretendemos que nuestras oraciones merezcan agradar a Dios, es necesario que las hagamos conformes en todo a la de Salomón y a la de Nuestro Señor, es decir, que pidamos, en primer lugar, bienes del alma, dejando para luego los del cuerpo.

2º Forma de nuestras oraciones. — No sólo en cuanto al *objeto*, sino también en cuanto a la *forma*, debe conformarse nuestra oración con la que Cristo nos enseñó.

Oración ejemplar de Jesús en Getsemaní. — ¡Qué modelo tan sublime de oración, la de Jesús en el huerto de las Olivas! a) *Confianza inquebrantable*. Ante todo va marcada con el sello de *una fe inquebrantable y de una confianza inconfundible*. Como furiosa tempestad, cual pavorosa granizada, aflicciones, sufrimientos y temores descargaban en el alma angustiada del Salvador. El Padre Eterno parecía haberlo abandonado. Cualquiera de nosotros, puesto en su lugar se hubiera desanimado y habría dicho como Adán en el paraíso: “He temido, y así me he escondido” (Gen., 3, 10). Jesús, en cambio, no conoce el temor. En la hora de la prueba más terrible, su corazón no vacila; no duda un instante del amor de su Padre celestial; sabe muy bien que no ha de abandonarle ni por un segundo. Por eso, lleno de confianza, comienza su oración, diciendo: “¡Padre!”.

La confianza ejerce un poder maravilloso sobre el corazón de Dios, lo mismo que sobre el de los hombres. Al poner en Dios nuestra confianza, reconocemos y afirmamos su bondad y misericordia, su amor y su poder. No hay nada tan eficaz como la confianza para disponer a Dios a escuchar nuestras plegarias.

b) *Conformidad*. Otra cualidad, que debe adornar nuestras oraciones, tan preciosa como la confianza, es la *conformidad*. La oración de Jesús en el huerto es la expresión más perfecta de esta conformidad: “Padre mío, si es posible...” (Mat., 26, 39). ¡Cuan diferente es nuestra oración de la que Cristo hizo en su agonía! Nosotros rezamos a guisa de niños mal educados. A todo trance queremos que se haga nuestra voluntad. Poco importa que sea o no para nuestro provecho lo que a Dios le pedimos. Si el Eterno Padre hubiese atendido la primera parte de la oración de su Hijo en el huerto de las Olivas, no hubiera existido el Viernes Santo. Pero tampoco hubiera existido, por consiguiente, el jubiloso aleluya de la Resurrección; ni se oirían tampoco los himnos triunfales de la Ascensión, y hasta los grandiosos homenajes del mundo entero en el día del juicio universal hubieran quedado suprimidos. “¡Qué locura!” — debería exclamar entonces Nuestro Señor— “¡qué insensatez la mía de haber insistido en que se apartase de mí aquel cáliz de amargura!”.

Al no querer apartar el cáliz del dolor ¿se negó el Padre Eterno a atender la oración de su Hijo? De ninguna manera. El cáliz es cierto que quedó; pero, junto con el sufrimiento, le otorgó el valor suficiente para apurar el cáliz hasta las

heces, quedando así plenamente satisfecha la petición del Salvador.

¡Confianza y conformidad! ¡Que nuestras oraciones se distingan siempre por estas dos cualidades! Dios sabe mejor lo que más nos conviene. Así sucederá que, en lugar del vil centavo que le pedimos, nos otorgará Dios monedas de oro purísimo, cuyo valor conoceremos y apreciaremos en la eterna bienaventuranza.

Se oye decir con frecuencia: “No rezo más. ¿Para qué? ¡No se adelanta nada!”. Este modo de hablar es absurdo. Es una falsedad, una herejía, un error. Son palabras sugeridas por el demonio, que teme más la oración que el fuego del infierno.

1º Realidad del poder de la oración. — La oración es una ayuda poderosa de maravilloso efecto; alcanza todo cuanto la miseria humana necesita, y cuanto puede otorgar la misericordia y el poder divino.

a) *Palabra de Cristo.* Dice Jesús claramente: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá: porque todo aquel que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama se le abrirá” (Lc., XI, 9-10). “Todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis” (Mt., 21, 22). “En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederá” (Jn, 16.23).

b) *El Antiguo Testamento lo confirma.* La Sagrada Escritura nos presenta un cuadro grandioso de la eficacia de la oración. Israel atravesando el desierto, Moisés, Josué, las grandes y memorables hazañas de los Jueces y de los Macabeos, los milagros de Jesús y de los Apóstoles, toda la historia del antiguo pueblo de Dios y la historia entera de la Iglesia de Cristo están pregonando la eficacia de la oración y sus efectos maravillosos. Es una continua y admirable urdimbre de humanas necesidades y peticiones, y de divinos auxilios. Ante el poder de la oración, se inclinan todas las leyes de la naturaleza. Ante el poder de la plegaria, el sol se detiene en una ocasión, y en otra retrocede (Josué, 10, 13 y IV Rey., 20, 11). Así como el cielo envuelve a la tierra, así también la oración abraza con su activo poder a toda la humanidad, en su camino a través del tiempo y del espacio.

c) *Testimonios.* “La oración de San Esteban convirtió a San Pablo”, dice San Agustín. La oración actúa sobre todo en el reino de las almas. “Nada resiste por fin a la acción lenta, suave y penetrante de la oración: ¡ni pasiones, ni tentaciones, ni peligros! ¡Todo lo domina! La oración transforma silenciosamente los pensamientos, el criterio, la voluntad y los sentimientos del hombre. Con ella éste se renueva y se convierte en otro insensiblemente. ¡Qué difícil es trabajar en hierro frío! Pero, ponlo en el fuego, y podrás hacer de él cuanto quisieres. Reza, persevera rezando, y podrás dominar tus pasiones” (Meschler, S. J.).

Dice Tertuliano: “La oración es el único poder, ante el cual el mismo Dios se inclina”. No porque forzosamente haya de hacerlo, sino porque así de buen grado

lo dispuso. “La oración piadosa, bien hecha, es una escala de oro que llega hasta el cielo, por la cual podemos subir y alcanzar al mismo Dios” (Denifle, La vida espiritual).

2° El secreto del poder de la oración. — ¿En qué consiste el secreto de la eficacia de la oración?

En la unión del hombre con Dios. Si ya de por sí puede el hombre hacer cosas maravillosas, ¿qué no podrá hacer cuando trabaja con Dios, cuando se apoya en Dios, contando firme y confiadamente con el poder, la sabiduría y la Providencia del Omnipotente? Por medio de la oración el hombre se transforma en un instrumento colocado en manos de Dios, y por eso se extiende a tanto su poder. La causa propiamente dicha de la eficacia de la oración, no son nuestros merecimientos, sino única y exclusivamente la bondad y misericordia divinas, juntamente con las promesas vinculadas a la oración, que no pueden dejarnos burlados. Por eso exclama el Salmista con transportes de júbilo: “Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni retiró de mí su misericordia” (65, 20). “Mi alma alabará al Señor hasta la muerte, pues que mi vida estuvo a pique de caer en el infierno. Cercáronme por todas partes, y no había quien me prestase socorro; volvía los ojos en busca del amparo de los hombres; pero tal amparo no parecía. Acordéme ¡oh Señor! de tu misericordia, y de tu obrar desde el principio del mundo; y de cómo salvas, Señor, a los que en ti esperan, y los libras de las naciones... Me libraste de la perdición, y me sacaste a salvo en el tiempo calamitoso. Por tanto te glorificaré, y te cantaré alabanzas y bendeciré el nombre del Señor” (Ecles., LI, 8-12, 16-17).

3° ¿Por qué no atiende Dios a veces nuestras oraciones? — El Apóstol Santiago nos responde: “Pedís y no recibís; y esto es porque pedís con mala intención” (4, 3). El Padre Meschler dice: “Cuando nuestra oración no es atendida, la causa no está en Dios, sino en nosotros. Triple puede ser el motivo. Hay algo que no es bueno: o nosotros, o nuestra oración, o lo que pedimos. Por tanto, pedid, pedid bien, y seréis atendidos”.

“Orate fratres” —“Orad, hermanos”, exclama el Sacerdote en el altar todos los días, después del Ofertorio. Sí, carísimos ¡orad!; ¡orad, niños!; ¡orad, jóvenes! ¡Orad, hombres! ¡Orad, niñas y doncellas! ¡Orad, señoras! ¡Orad en la iglesia y en casa, a solas y en común, por la mañana y por la noche, antes y después de la comida! ¡Orad ante los que ríen y blasfeman, ante los incrédulos y paganos! ¡Orad antes de trabajar y en el recreo, en la alegría y en el dolor, en las horas de preocupación y de cuidados, en las pruebas y angustias, en las luchas y tentaciones! ¡Orad hoy y mañana, toda la semana, el año entero! ¡Orad hasta el fin!

“Orad los unos por los otros, para que seáis salvos; porque mucho vale la oración

perseverante del justo” (Santiago, 5, 16).

“¡Oremus!”. “¡Oremos!”.

“¡Suba hasta Vos, Señor, nuestra oración, y baje hasta nosotros vuestra misericordia!”.

(Salio el Sembrador...- Tomo II- Ed, Guadalupe, Argentina, 1947, Págs. 573-577, 581- 584)